

EN LA RUEDA DEL TIEMPO.

ALFONSINA

TEMA RELIGIOSO.

Un rincón de la vida. Es la hora de la intimidad. Ella y él solos. Crepúsculo. A lo lejos se ve el cielo.

ELLA.—¿Y siente usted la poesía de la Religión?

EL.—¿Yo? Sí; en mi niñez leí con deleite "El Genio del Cristianismo;" en mi juventud, me llevaba al campo, para recrearme a solas, a esas serenas compañeras de los buenos: "Las Meditaciones," de Alfonso el pío; cuando quiero reposar un poco del vértigo de la vida, abro por cualquier parte, un libro de "Monseñor" Renan (me sé de memoria la "Plegaria en el Acrópolis"); y no hace mucho tiempo, mi entretenimiento favorito fué el de ver hasta la fatiga las prodigiosas estampas de Tissot, en su "Vida de Jesús....."

ELLA.—No, no es eso.

EL.—¿Pues qué es, entonces, lo que usted me pregunta, señorita? Desearía yo entenderlo bien. En sus claros ojos chispea la malicia.

ELLA.—¿Malicia? No; en mis claros ojos debe de brillar la curiosidad; ustedes los imaginativos, son pocos sinceros; están acostumbrados—como que es su oficio—a cubrir con palabras deslumbrantes, el vacío de su sentimiento.

Bueno; pues yo quiero que usted me diga lo que haya experimentado en estos días santos; pero sin citas de autores ni reminiscencias literarias, sin acordarse de los viejos ni de los nuevos místicos; sin referirme la interpretación científica del "Castillo interior," de Santa Teresa, ni recitarme versos de la "Sagesse," de Verlaine, o páginas de "La Catedral," de Huysmann; esas impresiones librescas déjelas usted allá para los suyos, para sus compañeros, los que andan a caza de una metáfora o persiguen emociones ajenas, porque carecen de emociones propias. Todo hombre debe de haber sentido algo con esto; no se tira, así tan de repente y con tanto desprecio, lo que se lleva en el espíritu por fuerza, y pasa de los padres a los hijos ¿cómo diré yo? como una herencia que recibimos al nacer, como una moneda que nos ponen en la mano que por primera vez abrimos al aire del mundo, y que no podemos soltar sino en otra mano que apriete la nuestra; como un sello que nos marca en la carne suave y tierna, y que se va borrando poco a poco, cuando crecemos, pero sin desaparecer por completo, sin que se pierdan las líneas de las cicatrices... ¡oh, sí! porque nos hacen una herida que luego curan con bálsamos de fe y ungüentos de esperanza, pero que, sin embargo, si con nuestros dedos la oprimimos, nos duele, nos duele. Ustedes hablan mucho de quién sabe cuántas cosas, de sedimentos de razas, de asombros y terrores primitivos, de preocupaciones seculares, de atavismo, ¿así se llama, no es verdad, atavismo? ¡Dios mío! Hablo de estas cosas que apenas comprendo, que conozco de oídas, que se me barajan en el entendimiento y me le nublan, y que sospecho, entreveo, adivino, en mis

lecturas y en vuestras conversaciones. ¿Ve usted? Yo también hablo de libros y de teorías; estoy tonta. ¡Qué lástima! Ya ni las mujeres podemos ser sinceras

EL.—Está usted filosófica, señorita, no me atrevo a decir más; filosófica y encantadora.

ELLA.—¿No le parezco a usted un poco pedantesca? (Pausa). ¿Y qué piensa usted de la poesía de la Religión?

EL (distráido).—Por mí mismo nada, o casi nada; le aseguro a usted que me puedo pasar sin ella. Prefiero la poesía de la duda; una brizna de creencia en una onda de escepticismo. Allá de pequeño, asistí a las ceremonias litúrgicas: una mañana de "Seña," una noche de "Tinieblas," un "Lavatorio;" me parecieron imponentes, dramáticas, solemnes; me causaron asombro complicado de miedo muy grande, tenaz, trágico y pueril, sugerido seguramente por todos los otros, por los fieles, por la multitud que llenaba el templo. ¿Qué sabía yo de la muerte ni del misterio de la tumba? Por instinto, me sentía bien afianzado a la vida, como un arbusculo que ha echado largas raíces en la tierra. El organista me parecía un hombre sobrenatural; los sacerdotes, unos seres divinos; las columnas de las naves no estaban cimentadas sobre el suelo, sino que flotaban en un ambiente azul, suspendidas en los aires por un equilibrio celestial; y arriba, muy arriba, en el fondo del infinito, un rompimiento de gloria, semejante a los que yo había visto en viejas pinturas, se abría en ocres deslumbrantes y en palpitaciones de púrpura. Me acuerdo de que supe rezar las oraciones de mi madre, de una literatura recargada y bombástica, llenas de interjecciones admi-

rativas, y propia para desahogar un fervor inconsciente, como un molde tosco que recibe y da forma al metal inflamado. La leyenda cristiana tenía para mí un lado pavoroso, siniestro; aquel en el que intervenía "Eloe," como gran fuerza desconocida, para ordenar desde lo alto, el martirio del melancólico nazareno; y otro lado luminoso, vivo, riente: aquel en el que un apostólico grupo de escogidos, en derredor de la madre desfallecida de angustia, bañábase en claridades paradisiacas. El sublime sacrificio del amor se me mostraba con un horizonte sombrío: el de la crueldad misteriosa de los cielos; y una cima radiante: la de la virginal ternura sobrehumana.

(Reflexionando). Pero estas impresiones me duraban escaso tiempo; al salir de la Catedral, a pleno ambiente, la respiración perfumada de la primavera soplaba sobre mi cabeza, agitando al par de los cabellos, las ideas, que se desprendían de mi cerebro, y se alejaban, como se desprende el polvo barrido por el viento. Me quedaba entonces en el alma una sensación de bienestar, suave y dulce, parecida a la que experimentamos en el cuerpo al salir del baño en una tibia mañana.

Me sentía purificado; limpio de pecadoras tentaciones y libre, al fin, del pánico del diablo, sí, señorita, del diablo de cola negra y monstruosa, veteada de verde azufroso, de cabeza con cuernos, de manos con garras, de alas membranosas y velludas, que se movían torpemente como las de un murciélago gigantesco. Detrás de mí, un poco arriba de mí, deslizándose sobre la huella de mis pasos, estaba yo seguro, completamente seguro, de que venía, espada en mano, el ángel de plata diáfana y

cabellos de oro empalidecido, quien, dejando el ventanal de colores, desde el que me sonreía siempre que entraba yo en el templo, habíase decidido a ser mi protector y mi custodio.

Los años pasan ruidosamente, como las aguas de un río que arrastra piedras desprendidas de la montaña, y troncos arrebatados a la orilla. La vida aturde. Es, a veces, estrepitosa, y corre con furia, empujada y enriquecida por el turbión; negra de pasiones y espumante de cóleras; a veces, rumorea y canta y brilla y es azul; pero no deja de sonar; suena y nos aturde y nos adormece.

(Un silencio breve).

Hoy esas ceremonias me parecen un poco aparatosas y teatrales, como hechas para impresionar la amodorrada imaginación de la muchedumbre. Es verdad que la iglesia es el origen del teatro..... (Saliendo de su meditación, como arrojado de ella de un golpe, y mirando a su interlocutora fijamente). Perdón, señorita; me distraje. Esas son cosas de los libros.

Con toda franqueza, hoy veo mucho de mundano, de profano, tal vez, porque algo hay de profanación, en estos días místicos. Paréceme como que los templos se convierten en lugares de recreo, en salones de recepción, en sitios de ostentaciones y de pompas. Noto la *pose* religiosa; se me figura que la «Semana Santa» es un pretexto para lucir hermosos trajes, tocados originales, sencillas elegancias, lindas joyas y creencias católicas. Las iglesias se llenan de curiosos, de presuntuosos, de desocupados. La vanidad rebosa, como que siempre es mayor que la piedad; va disfrazada de santurrón, pero no puede ocultarse: la denuncian sus

arreos. ¿Creyentes? Sí, aquella beata de tápalo raído, encorvada y trémula, aquel anciano de ojos tristes y cabeza de asceta, aquel niño asombrado, de gesto medroso y mirada intranquila, aquella mujer del pueblo, idolátrica y adolorida—tipo de nuestra pobre raza de sometidos;—aquella joven histérica, en cuyas pupilas de visionaria, llamea un insano fanatismo..... Señorita, no es esta la época de sentir la poesía de la religión. Estas observaciones son vulgares, triviales, necias. Andan de boca en boca hace siglos. Mas es esto lo único que se me ocurre.

ELLA (medita; luego ríe).—¿Con que quisiera usted cristianos de las catacumbas? ¿ascetismos medioevales? ¿reglas severas? ¿disciplinas dolorosas? ¿claustró sombríos? ¿rejas tupidas? ¿maceraciones y ayunos? Amigo mío, permítame usted que le llame cándido. ¿No me ha dicho usted en muchas ocasiones que el Arte evoluciona? Yo me figuro que eso quiere decir cambia, se moderniza, toma la forma que requieren las nuevas costumbres y los usos nuevos. Ustedes dicen que el ideal sufre grandes transformaciones. No digo el vestido, el cuerpo, los miembros, los músculos, los nervios, han cambiado en el organismo humano. No éramos los mismos ayer que hoy. ¡Oh, éramos más fuertes, más rudos, como menos sensibles, como menos tristes, como más voluntariosos y tercos! ¡Bah! y si varía el cuerpo, si la fortaleza de los brazos decrece, si la tisis ha consumido el pecho, si las piernas se han vuelto débiles, si la existencia se ha debilitado, si todos en la vida estamos borrachos, o neurasténicos, o histéricos, o locos, o idiotas..... ¿qué deja usted para la religión, que tiene que sufrir las decadencias de la

carne y los trastornos de las almas? La supervivencia de la fe es milagrosa: es una aspiración eterna. Piense usted en que por dentro de esa garrulería irrespetuosa, irreverente, diré mejor, hay una palpitación de amor, de esperanza, de misericordia. Cada uno se acerca a Dios como puede; quién con el corazón sangriento, entre las manos; quién con el espíritu repleto de pasiones y vanidades, quién vacío de toda idea, quién henchido de ternura, quién indiferente, frío, arrastrado por los demás, como cansado de vivir; pero estas masas hacen legiones, y estas legiones de águilas, de serpientes, de mariposas, de escarabajos, de los que pueden volar muy alto, de los que ya no pueden volar, los alirrotos, y de los que se arrastran, los reptiles y los gusanos, todos suben, o hendiendo los aires, o afianzándose a la tierra, a aletazos o a mordidas, hincando el tentáculo o sacudiendo las plumas, pero suben, suben.....

EL (entusiasmado y burlón).—¡Bravo! ¡Bravo! ¿Ha leído usted a Lacordaire?

ELLA (exaltada).—No; he leído la «Leyenda dorada.» ¡Quisiera hablar a usted ahora, de muchas cosas, de muchas cosas! (Como cayendo en una velada melancolía). ¿Luego no le gustan a usted las iglesias?

EL (algo enfático).—Sí; las solitarias, las tristes, las iglesias de barrio, las tenebrosas, las que huelen a humedad y a incienso, las de cúpulas bajas, vidrios empolvados, bancas pintadas, santos desteñidos, desdorados altares platerescos, pinturas negras, negras, con algunas cabezas náufragas en aquellos mares de sombra, toscas pilas de agua bendita embutidas en pilares ensalitrados, órgano

de tuberías abolladas, cristos convulsos y empapados en sangre, y en el coro, rejas coloniales, de gruesos y juntos barrotes, y de trecho en trecho, confesonarios de rotos tallados, y esculturas de ángeles deformes, y por las ventanas, una ráfaga de sol, efímeramente bordada por la sombra de los pájaros que pasan.....

ELLA (como asaltada por un recuerdo).—A ciertas horas, todas las iglesias se parecen. Esas capillas que usted sueña.....

EL (interrumpiendo).—No las sueño, las he visitado, en ellas me he sentido cristiano.....

ELLA.—¿Y usted las prefiere?

EL (en tono lírico).—Prefiero ir al campo, ver las flores, trepar a los árboles, sentirme dentro de la naturaleza, tenderme sobre la yerba y hundir la cara en el rocío, o entretenerme con los caprichos de las nubes, y con las rondas de las aves, leer de cuando en cuando una página clásica, bajo la frescura de los ramajes cuajados de hojas sonoras, y, al apartar los ojos del libro, clavarlos en el horizonte sin fin, remoto, transparente, en cuyas azules lejanías, caben todos los sueños.

ELLA (incisiva).—¿Y es esa la poesía de la religión?

EL.—Esa es, señorita: las montañas son altas y la luna.....

ELLA (con risueño sarcasmo).—La luna es hostia, ya lo sé; son metáforas viejas; hace setenta años que las puso en verso Víctor Hugo; usted me ha recitado esas estrofas. ¿Por qué se toma usted lo que no es suyo, es decir, lo que es de todos? Menos libros y más sinceridad; (bien pronunciado) particularmente, más originalidad.

EL (joco-serio, señalando el cielo profundo, sereno, puro, espolvoreado de estrellas).—¿Y qué culpa tengo yo de que la naturaleza sea la más vieja y la más sublime metáfora? ¡La poesía de la religión! No lo dice Hugo, ni Núñez de Arce, ni los grandes ni los pequeños poetas lo dicen: ese pedazo de cielo que desde aquí contemplamos, se lo canta solo. ¿Se convence usted, señorita, de lo que es la poesía de la religión? Estamos de acuerdo, completamente de acuerdo..... ¡Mire usted qué noche!

1901.

FANTASIA SOBRE SUEÑOS
MISTICOS.

—Día hermoso, caliente, asoleado, lleno de luz. Trabajo ahora frente a mi balcón favorito, el que mira al Norte. Más allá de los techos de las casas, más allá de las puntas de los árboles, se esfuma, en claro obscuro, el paisaje: un pedazo de bosque, en medio de una cenicienta llanura, y, en el límite, la cordillera color de ágata sucia en las primeras es-tribaciones, y de azul opaco, de azul de porcelana vieja, en la remota serranía, que casi se funde con el gris luminoso del horizonte.

Incrustado en el primer montículo que avanza sobre el llano, alcanzo a distinguir el santuario de Guadalupe, la capillita que blanquea al sol. No veo los contornos, veo nada más una mancha sólida sobre el matiz verde azulado del cerro. Yo he subido allí, hace muchos años... Y me pongo a pensar, a la buena de Dios, en sucesos de lejanos días. ¡Qué diantre! Yo contaría aquí, a guisa de entretenimiento, estas cosas que puntean, como llamas fatuas, la obscuridad de mi memoria; pero esto no sería una crónica; una confidencia no puede ponerse en el lugar de una crónica. Porque han de saber mis treinta y seis lectores (me daré el placer

de soñar al margen de Barbey d'Aureilly) que con frecuencia soy un adivino más que un escritor. Estoy obligado a penetrar en lo porvenir y a describirlo; por medio de sutiles inferencias, de asociaciones misteriosas, de voladoras síntesis, suelo pormenorizar acontecimientos que sucederán, y con algunas horas de adelanto, me anticipo al destino.

Mis treinta y seis lectores habrán podido observar que si no soy un buen escritor, soy, en cambio, un malísimo adivinador; mis predicciones resultan falsas, y fallidos y engañosos mis augurios. Así y todo, sigo mi oficio de historiógrafo del futuro, con mi habitual paciencia y mi extremada y sincera voluntad; así Dios me lo tenga en cuenta como yo me lo merezco.

Pues bien: este artículo saldrá impreso seis días después de haber sido pergeñado; estas cuartillas emborronadas a saltos de pluma, hechas líneas tipográficas, ocuparán la primera plana del próximo número de *El Mundo Ilustrado* (¿el próximo?) y hablarán, por supuesto que hablarán, del aspecto de México durante los días santos, de las impresiones místicas que sacudieron el alma popular y la sacaron de su modorra indiferente y profana....., de lo que no ha sucedido todavía, en fin, de lo que probablemente no sucederá nunca.

¿Hablaré del domingo de Ramos? Ese para mí es pasado, es ayer. En efecto, a la puerta de un templo de barrio se aglomeraba el gentío devoto. Muchas manos enarbolaban palmas. El aire olía a amapolas recién cortadas. Yo pasé en tranvía por frente al templo y recibí una gran bocanada de incienso que me envolvió en una indefinible meditación. Me acordé de la arcaica muletilla de un an-

ciano piadoso y optimista: "Todos tenemos nuestro domingo de Ramos," me repetía el vejete..... "y también nuestro viernes Santo."

Y pensé ayer: ¿cuál habrá sido mi domingo de Ramos? La satisfacción de mis pequeñas vanidades; la realización trunca y tardía de mis caprichos y de mis ilusiones; la resurrección de estas esperanzas fénix, que han sido como el resorte y la fuerza de mi vida; ese áureo puntito de ideal que se aleja de mí tanto cuanto yo me acerco a él, y que ahora brilla, por lo tanto, a la misma distancia que en mis años juveniles ¿Cuál de todos esos días que se esconden en la memoria habrá sido mi domingo de Ramos? Alguna vez salí a la existencia con mi palma en la mano ¡bah! recuerdo que muy pronto me la arrancaban por el camino; me la arrebataban; y recuerdo también que, en ocasiones, lo que yo creía palma era un carrizo.

Mi viernes Santo: ese sí no lo olvido, y si me reconcentro, si hurgo en mis trastos de añorar, me encontraré viernes santos a granel, chicos y grandes, sencillos o solemnes, de iglesilla, como ésta, de barriada, y de gran templo, de catedral, de pompa y ceremonia. Yo creo que todos somos así. ¿Y por qué? Rehacios en recordar los días felices, y maniáticos en recordar los dolorosos. ¿Será que el sufrimiento deja rastros más hondos y persistentes? Tentad, treinta y seis amigos míos, tentad a aplicaros el refrán del viejecillo piadoso. ¿A que no dais exactamente con el domingo de Ramos? La huella de la alegría que pasa es la del trivial símil: la de una ala de golondrina sobre el haz del mar. Busca tú, soñadora de los ojos de oro, busca en el arca de la alianza de tus ilusiones de niña, esa mañana, esa

hora, ese momento de felicidad en que tu espíritu, triunfante y seguro, entró en la Jerusalén de tus ensueños. Tu domingo de Ramos es el primer amor; tal vez el primer beso, furtivamente sentido sobre los labios, en el rincón solitario donde todo parecía convidarte al abandono y donde el deseo tendía ante tu mirada adormecida los indecisos espejismos de una dicha nueva.

Busca tú, inquieto buzo del placer, que te sumerges en el océano turbulento de la voluptuosidad, ávido de pescar la perla de una simpatía espontánea y pura que te recompense de tus angustias y de tus desesperaciones. ¿Tu *domingo de Ramos* fué aquel en que sorprendiste el hechizo de una idealidad fragante en el fondo de una sonrisa apasionada y pecadora?

Busca tú, poeta que deliras porque sobrevivan tus rimadas teorías a tu melancólico y oscuro existir, que es como la sombra oscilante que proyecta sobre la tierra la lámpara votiva de tu encendido pensamiento. Para ti, pobre quimérico, el rápido minuto de goce, el famoso *domingo* es aquel en que de la rebelde y muda indiferencia de las cosas extraes, como granos de oro del negro arenal, la forma transparente con que has de vestir la esencia de tu espíritu contemplativo y nebuloso.

Buscad, mis treinta y seis amigos, buscad ese oculto momento en que el alma se abrió como una corola para recibir su gota de rocío de amor, de esperanza, de glorificación.

¿No es verdad que están mustias y desteñidas las remembranzas? No es verdad—confesadlo sinceramente—que son inconsistentes y vagas, como las visiones de una evaporación, como los fantasmas

de la bruma que el cielo rompe y desfleca en los crepúsculos invernales?

En cambio ese.....esos *viernes de Dolores*, ¡qué lúcidos, qué presentes, qué claros, qué fijos están en la conciencia y cómo vuelven y brillan a la sola evocación, al tímido llamamiento de la memoria!

No; no me los contéis, amigos soñados, camaradas invisibles de mis lucubraciones hipocondriacas; ya los conozco; ya los he visto: un poco de traición, un poco de amargura, un poco de desengaño; el paso de la pena, que, como el cierzo, arranca nidos vacíos y hojas secas y los riega sobre nieve de olvido.....

De todo ello me he visto precisado a hablar en dos o tres centenares de líneas, que urge terminar aquí, porque mis artículos son como los muertos de los cementerios de antaño; han de caber en el hueco de un nicho preparado de antemano.

No me queda más espacio que el que me deja la lápida para el epitafio, es decir, para el título. ¿Y qué título voy a ponerle a esta fantasía obligada, a este delirio provocado?

No sé.....

¡Ah.....! si en lugar de estos escarceos sentimentales, os hubiera narrado, mis treinta y seis amigos, la impresión de mi visita al santuario de Guadalupe, que miro allá incrustado en el alcor de ágata, como una sólida mancha blanca!.....

1906.

DIALOGOS INTERIORES

—¿Por qué no vas a la iglesia? Dices que, a veces, sientes la nostalgia de tus primeras creencias; dices que te asalta, en ocasiones, el deseo de volver, de regresar a tus infantiles asombros, a tus cándidos éxtasis, a tus gloriosas fascinaciones, a tus aprendidos rezos, cuyos enigmáticos vocablos parecían encerrar un poder de milagro; a tus piadosas ternuras cristianas, que te dejaban el espíritu impregnado de unción y de incienso En tus horas de disgusto, en tus largos días de hastío, en tus años de sufrimiento; cuando sacude tu corazón el dolor, o tu pensamiento se deshace en borrascas de desesperación; cuando hallas la vida inútil, la ilusión mentirosa, y la carne triste; cuando, como el oscuro poeta, has leído todos los libros, y, más allá de la duda, tu alma entera tiende sus cansancios hacia un nirvana infinito, en el que la existencia se disuelve para siempre en la honda negra e infecunda de la nada; en tus inquietudes, en tus vacilaciones, en tus melancolías, ¿por qué no vas a la iglesia? Prueba a hacerlo; dices que el arte es un sugeridor de cosas bellas, y mira una iglesia: todavía conserva en los rincones de las capillas, en el fondo de sepia de los retablos, en las viejas col-